

EL CONCEPTO QUE PERMANECE *

Kristell Pfeifer

Hace ya tiempo que Rodrigo Bruna ha hecho de la instalación su forma de expresión más característica. Los materiales y temáticas han variado, así como la forma en que se apropia del espacio. Ha incursionado en el site specific y en la realización de obras colaborativas. Lo que ha permanecido y permanecerá es el concepto: la idea de destrucción y reconstrucción es lo que no se agota.

Rodrigo Bruna caminaba por las calles del sector Patronato cuando notó que las tiendas características del barrio generaban una gran cantidad de retazos de tela, producto de la confección de prendas de vestir. La idea de ese excedente y su acumulación llamó inmediatamente su atención. Empezó así a investigar estos materiales y cómo a través de estas bolsas de géneros se comenzaba a vislumbrar un nuevo cuerpo de obra.

Años antes, Bruna había obtenido la licenciatura en artes plásticas con mención en pintura en la Universidad de Chile. Pero su paso formal por la pintura duraría poco: en su magíster comenzó un trabajo de desplazamiento del soporte pictórico. En un principio, de manera intuitiva y luego conscientemente, inició un proceso de deconstrucción del soporte, rompiéndolo, fragmentándolo, cortándolo, volviéndolo a armar. “Había un término muy recurrente en mi trabajo de ese momento: el patchwork. Luego empecé a probar con distintos soportes y de manera bastante azarosa y natural comenzó a surgir un trabajo más vinculado al espacio y a la condición objetual de la obra”, explica el artista.

Los retazos de Patronato fueron las primeras incursiones de Bruna en el uso de materiales residuales y a partir de éstos comienza un trabajo en torno a la destrucción y reconstrucción, conceptos ahora transversales en su obra: “Yo asumo la destrucción como un concepto matriz en mi obra. Entiendo este concepto como una acción fortuita y, en ocasiones, premeditada, que irrumpe en la historia oficial y no oficial”.

Con esta idea en mente y ya superados los límites del soporte pictórico, Bruna comienza a experimentar en la instalación. Entre sus primeras obras, muy ligadas a la historia y con una importante carga política, destaca “Reconfiguraciones Domésticas” (2000) una serie de instalaciones donde los objetos y su carga significativa se apropian del espacio. “Creo que estas obras son una bisagra que une lo que estaba haciendo a una nueva forma de pensar y realizar mi trabajo”, cuenta Bruna. “A partir de las cuatro instalaciones que componen esta serie, propongo una reflexión en torno a la irrupción de la historia oficial en el espacio doméstico”.

Con los años, el trabajo de Rodrigo Bruna se ha ido desligando de cierta carga política explícita y ha transitado hacia espacios discursivos más transversales. La mirada política se transforma en una nueva matriz donde emergen conceptos como ruina, fragmento, destrucción y reconstrucción, presentes hasta hoy en su obra. “Creo que los procesos reflexivos de mis primeros trabajos se materializaron en estos conceptos. Nuestra historia está hecha de restos, no solo la propia, sino la de la humanidad. Son siempre mediante los restos de una destrucción que podemos volver a reconstruir aquello que hemos perdido”, cuenta.

Su estadía en Alemania, como parte de la beca que obtuvo para realizar estudios de postgrado en Düsseldorf, le permitió ampliar su campo de trabajo, donde incursionó en la producción de obras colaborativas. En ellas, Bruna actúa como parte de un engranaje incierto en la construcción de una obra. La exposición “108 Puzzlespiele”, en el Museo de Arte Contemporáneo (2004), es una clara muestra de lo anterior. En la instalación, se exhibían 108 puzzles que fueron armados por un grupo heterogéneo de mujeres chilenas. Ellas habían sido previamente contactadas por Bruna con el fin de enviarles desde Alemania un puzzle y sus respectivas instrucciones de armado. Las imágenes de los puzzles correspondían a tres rollos de 36 fotos cada uno que Bruna había sacado a distintos lugares de demolición en Düsseldorf. Todas estas mujeres, que nunca se habían visto, se encontraron en un lugar específico –el museo- reconstruyendo una escena de demolición desconocida para ellas. “Esta obra se sustenta en un relato acaecido en la Alemania de posguerra. Mujeres de diversa condición social fueron las que emprendieron las labores de reconstrucción de las ciudades alemanas destruidas. Son las llamadas Trümmerfrauen o mujeres de los escombros”, explica el artista.

La obra de Rodrigo Bruna continúa abordando los procesos destructivos y reconstructivos y el uso de materiales que hablen de lo efímero. El artista asocia este proceso de reconstrucción con la inevitable pérdida o vacío de algo que nunca se logra recuperar: "Siempre, cuando uno destruye y vuelve a reconstruir, algo se pierde. Siempre hay algo que falta, una parte de esta historia que no te hace entender esa totalidad. Eso que se pierde tiene que ver con una falta. En un relato, con un olvido. Ese olvido es lo que a mí me llama la atención, ese silencio". Esta desfragmentación se evidencia a lo largo de toda su carrera y en sus obras de los últimos años, como "Reconstruccioniepce" (2006), "Reconstruccionllanos" (2007) y "Urban reconstructions" (2008), donde mediante el uso de rebanadas de pan tostadas reconstruye imágenes de fotografías y pinturas a gran escala. La idea de lo efímero es también visible en la serie fotográfica "Reconstrucciones frutales" (2006-2008), donde verduras y frutas son intervenidas con injertos de diario. "Muchos de los trabajos que he realizado, sobre todo las instalaciones, han desaparecido. Lo que queda es el registro que tengo. Conservo muy pocas obras, no porque no quiera sino porque su origen estuvo muchas veces determinado por una existencia efímera", explica. Por otra parte, existen obras donde lo efímero se perpetúa en una imagen: "En la serie "Reconstrucciones Frutales" el soporte de intervención eran objetos orgánicos que mutaban y perdían su hidratación producto del tiempo y de un injerto ajeno al propio cuerpo. A través del registro fotográfico monumentalizaba un instante específico en donde cada fruta adoptaba o rechazaba el injerto implantado. De esta forma se generaba una nueva percepción del objeto. Siempre existe una pérdida que el proceso reconstructivo no recupera".

* Texto publicado en la revista Arte al Límite, (58), Santiago, 2013.